

Pequeño ecosistema imperfecto

Mi rutina diaria iba como lo usual, estaba emocionada porque hoy tendría mi primera cita con el dermatólogo. Ansiaba desesperadamente darle un fin a la inicial pequeña mancha que apareció en mi rostro y me atormentaba desde hace más de un año ya. Era molesto e incómodo, no por la imperfección en sí, sino por los comentarios de los demás que, aunque sonaban genuinamente preocupados, eran despectivos. Algunos insinuaban que no cuidaba mi piel y otros me sugerían mil remedios caseros que, sinceramente, sí probé, pero cuya milagrosa solución nunca llegó. Felizmente, ya no tenía que preocuparme más, hoy esa carga se desvanecería.

Entonces llamaron mi nombre, di un suspiro y entré al consultorio. Apenas me presenté con el especialista, su secretaria le informó que tenía una llamada importante, así que, en lo que iba a atenderla, me dejó en el lugar un rato. Se me hacía imposible quedarme quieta con tantos artilugios cerca. Vi una llamativa lupa con la cual me dio curiosidad revisar aquella mancha. La acerqué hacia mi rostro y me quedé en shock: en ella se encontraban cientos de mini-personas que habían construido una civilización entera en aquel defecto de mi cara. Mi corazón se conmovió demasiado al ver tantas familias, las cuales parecían prósperas y pacíficas viviendo en aquella ciudad rural. Se avistaba una de ellas con dos niños que estaban recogiendo trigo. De pronto me notaron y alzaron la mano en señal de saludo con una sonrisa amable. Empecé a titubear, no sabía si tomaría la decisión correcta; pero consideré que esto era lo mejor. En ese momento, el dermatólogo abrió la puerta, se disculpó por el inconveniente, yo volví a mi asiento rápidamente y él se sentó en su escritorio. Me preguntó el motivo de mi consulta y le dije que quería deshacerme de la mancha.